

La reforma sanitaria norteamericana

El intento de reforma del sistema sanitario norteamericano que trata de llevar a cabo el Presidente Obama es, sin lugar a dudas, una de las tareas más complejas que este va a acometer durante su mandato.

El sistema sanitario norteamericano tiene, entre otros muchos, el problema de no dar cobertura a alrededor de 50 millones de ciudadanos que ni son los “suficientemente pobres” para ser atendidos por el Medicaid –simplificando mucho una especie de Beneficencia a la americana- ni los “suficientemente pudientes” como para poder costearse de manera estable un seguro médico.

La clase media norteamericana ahorra toda su vida para la educación de sus hijos y paga religiosamente las cuotas de su seguro médico; estos ciudadanos ven con gran recelo la posibilidad de socializar la atención sanitaria a costa de sus impuestos. No hace mucho una amiga norteamericana que tiene la costumbre de venir todos los años a los toros de la Feria de Córdoba desde California, me escribía mostrándome su temor a que una sanidad universal pusiera en peligro su cobertura sanitaria privada.

La fortaleza de las empresas de seguro médico dejaría de ser tal si la sanidad se universalizase porque muchos de los actuales asegurados dejarían de serlo y la cotización en bolsa de dichas empresas se resentiría. La pérdida de valor en el mercado de valores de estas empresas supondría un grave perjuicio para otras muchas empresas accionistas de las mismas y para muchos accionistas individuales. Que las empresas de seguro médico, uno de los pilares de la economía norteamericana, dejasen de ser tan rentables como lo han sido hasta ahora supondría un severo reajuste de toda la economía de los Estados Unidos puesto que a diferencia de lo ocurre en España, gran parte del ahorro de las personas físicas y jurídicas norteamericanas está precisamente en acciones de empresas consideradas, hasta ahora, seguras.

Las repercusiones económicas del intento de universalización de la sanidad norteamericana exceden con mucho el ámbito sanitario y deben ser analizadas con una perspectiva global. El intento de cambio de sistema sanitario podría tener consecuencias comparables, aunque en un ámbito totalmente distinto, con cualquier alteración del status quo del complejo industrial militar.

Es muy habitual desde España demonizar el sistema sanitario norteamericano e idealizar nuestro sistema sanitario. Creo que ambas posiciones son un error. Probablemente el sistema sanitario ideal se situaría en situación equidistante a ambos y digo equidistante a pesar de que lo

políticamente correcto en España en particular y en Europa en general sería situarse lo más lejos posible del sistema sanitario norteamericano.

Es indiscutible que el sistema sanitario norteamericano tiene que cambiar porque es económicamente insostenible y porque es inadmisible que en el siglo XXI millones de ciudadanos de la primera potencia mundial carezcan de cobertura sanitaria. Pero también es indiscutible que nuestro sistema sanitario tiene que cambiar si queremos hacerlo sostenible. La progresión exponencial de los costes de la medicina moderna tanto en medios diagnósticos como en tratamientos supone que el sistema sanitario español público y privado requiera grandes ajustes.

Si la cobertura universal y el compromiso con los pacientes de los profesionales sanitarios son dos activos indiscutibles del sistema sanitario español, el reconocimiento de la labor del médico y los demás profesionales sanitarios es un activo del sistema norteamericano de salud. El prestigio social de los galenos norteamericanos, con su correspondiente contrapartida retributiva, es uno de los pilares de su excelencia.

En España, la gran mayoría de los médicos y demás profesionales sanitarios hacen gala de una gran profesionalidad a pesar de los múltiples obstáculos de toda índole que deben sortear en su quehacer cotidiano.

Desde mi primer día en Boston me causó sensación la generosidad de mis colegas americanos. Profesionales sanitarios de prácticamente todos los países del mundo se forman en los Estados Unidos para luego volver a sus países de origen, como fue mi caso, o para continuar trabajando en Norteamérica. Nunca podré agradecer lo suficiente a mis colegas norteamericanos la formación recibida; me enseñaron como a uno más de sus residentes de forma completamente desinteresada.

Pero lo más destacable a mi juicio del sistema americano de salud y de la sociedad americana en general es su inigualable capacidad de importar talento. Independientemente de su origen a los profesionales extranjeros que se integran en el sistema de salud se les ayuda a aprender inglés, a encontrar alojamiento, a resolver problemas administrativos de inmigración y a sentirse en casa en definitiva. El talento es por definición un bien escaso y debe buscarse, si es preciso, debajo de las piedras independientemente de en qué país se encuentren dichas piedras.